JUAN B. AMBROSETTI

LA ANTIGUA CIUDAD DE QUILMES

(VALLE CALCHAQUI)

(Dibujos de Federico Voltmer)

PUBLICADO EN EL BOLETIN DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO
TOMO XVIII, NÚMEROS I, II Y III



BUENOS AIRES
"La Buenos Aires" Imprenta, Papelería y Encuadernación
CALLE MORENO ESQUINA PERÚ
1897

Juan B. Ambrosetti

LA ANTIGUA CIUDAD DE QUILMES

(VALLE CALCHAQUI)

(Dibujos de Federico Voltmer)

PUBLICADO EN EL BOLETIN DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO
TOMO XVIII, NÚMEROS I, II Y III



BUENOS AIRES
"La Buenos Aires" Imprenta, Papelería y Encuadernación
CALLE MORENO ESQUINA PERÚ
1897



LA ANTIGUA CIUDAD DE QUILMES

(VALLE CALCHAQUI)

POR

JUAN B. AMBROSETTI

(Dibujos de Federico Voltmer)

La región de los Quilmes en el Valle Calchaquí se halla situada en el martillo que hace la Provincia de Tucumán en su parte oeste y cuyos límites podríamos indicar del siguiente modo:

Al norte el distrito de Colalao; al este el de Amaicha; al oeste el Cerro de Quilmes (4.200 m.) que divide las aguas entre las vertientes del Cajón y del Valle Calchaquí, y, al Sur, el distrito catamarqueño de Fuerte Quemado.

Este territorio de los Quilmes presenta dos regiones completamente distintas: una montuosa y abrupta, correspondiente al Cerro de Quilmes y sus faldas, entrecortada por algunas quebradas que poseen agua, como las de los Chanchos, Chañares, Las Cañas, Chilca, Talapozo, Anjuana, Pichao y otras menos importantes; y la otra de campo bajo, ó bañado, regada por el río de Santa María y sus afluentes

La primera es pedregosa, cubierta de una vegetación achaparrada y espinosa cuyas especies predominantes son la brea, la jarilla, la rama negra ó roseta, é innumerables ejemplares de cactus de los géneros *Cereus* y *Opuntia*.

La segunda es más bien arenosa, ocupada otrora por un enorme bosque de algarrobos y chañares (*Prosopis* y *Gourliœa*), del que aún queda una zona importante.

Esta última parte corresponde al plan mismo del Valle Calchaquí, que, al descender de sur á norte, sigue ensanchándose en la misma dirección, un poco al este, hácia la quebrada de las Conchas, frente á Cafayate, donde desemboca el Río de Santa María ó de Yocavil, nombre primitivo del Valle que nos ocupa, desde la punta de Hualasto hasta dicha quebrada.

Historia de los Quilmes.

Según el Padre Lozano (*), los Quilmes fueron la parcialidad de indios más belicosa y rebelde que tuvieron los Españoles en el Valle Calchaquí. Recien en 1667 pudo sujetarla por las armas el gobernador Alonso Mercado y Villacorta, y, arrancándolos de sus hogares, los hizo transportar, en número de 2000, al lugar cuyo nombre han legado á una localidad de la Provincia de Buenos Aires.

El mismo Lozano (**) asegura que los Quilmes eran una nación de indios que no pertenecía al Valle Calchaquí, sino que, en cierta época, vinieron del lado de Chile para no someterse al dominio del Inca, y narra el episodio con estas palabras, al describir el espíritu de independencia que animaba á los Calchaquíes:

«. . . . los Calchaquíes se preciaban mucho de no haber admitido jamás dominio extranjero, ni reconocido vasallaje al Inga, como otros de sus vecinos, ni permitir aún á sus vasallos asentar el pié en sus países, en prueba de lo cual se sabe, *que como los Quilmes viniesen de hácia la parte de Chile á ésta de Calchaquí,* por no sujetarse á los Peruanos, que por aquel reino daban entónces principio á sus conquistas, los recibieron los Calchaquíes con las armas en la mano y tuvieron con ellos sangrienta guerra, creyendo eran vasallos del Inga, hasta que enterados de que venían fujitivos de su patria, por no sujetarse á aquel monarca, celebraron paces, y les dieron grata acogida en su país, aplaudiendo su resolución, y después de tiempos, emparentando con ellos, fué esta parcialidad de los Quilmes una de las más famosas de Calchaquí». (***)

Estos datos del Padre Lozano, uno de los autores más serios y más verídicos de la época colonial, son de inestimable valor para nosotros, pues sintéticamente nos refieren la historia pre-colombiana de esta nación india exótica, y, también, su razón de existir, dentro del territorio de otra, los Calchaquíes, tan belicosa como ellos.

Además, esta alianza entre los Calchaquíes y los Quilmes, hasta de sangre, por haber emparentado con los vecinos, nos resuelve el problema de la similitud de los objetos que encontramos en ambos pueblos, y que, sin este dato tan precioso, no habría cómo explicarlo. No por ésto debemos creer que los Quilmes perdieron por completo sus

---

(*) Lozano. Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán,—edición Lamas tomo I. pág. 153.

(**) Op. cit. Tomo IV, pág. 9.

(***) Este y otros muchos datos que llevo recogidos me permitirán probar oportunamente la no sumisión de los calchaquíes al imperio de los Incas.

costumbres y carácter propio; pues si bien es cierto que los hallazgos arqueológicos nos demuestran grandes puntos de contacto con los Calchaquíes, ahí están las ruinas colosales de su ciudad, las que, como disposición, y por la abundancia de edificios circulares, son únicas hasta ahora en su género, demostrando con ésto que sus constructores poseían cierto grado de cultura, independiente de la de aquellos, que parecía obedecer á leyes especiales de un atavismo seguramente exótico.

Entre las colecciones que en esta última expedición (*) hemos reunido, vienen siete cráneos de Quilmes, los que, junto á los otros ya existentes en los Museos, podrán decirnos algo de las diferencias étnicas que hayan existido entre los Quilmes y los Calchaquíes.

Situación de la Ciudad.

Como á unas tres leguas ó quince kilómetros, más ó menos, rumbo oeste sudoeste de la finca del Bañado, propiedad del señor don José Antonio Chavarría, hállase el gran Cerro de Quilmes, y en una vuelta ó anfiteatro que hace, mirando al sur, aparecen las ruinas de la vieja ciudad.

La falda del Cerro presenta tres frentes embolsados, separados entre sí por prolongaciones del mismo dirigidas de este á oeste, de cuya base arrancan las diversas construcciones que se dirigen ya hácia abajo, la ciudad propiamente dicha; ya hácia arriba: la fortaleza y el campo de refugio fortificado.

Durante nuestra estadía en la finca del Bañado, visitamos varias veces estas ruinas. La primera, acompañados por el señor Manuel Alvarez, actual arrendatario de esa finca, quien, con gentileza nos mostró la ciudad, haciéndonos conocer los detalles más interesantes, no sólo de ese lugar, sino también de otros cercanos, como la piedra pintada de la Quebrada del Chusudo y las ruinas de la Quebrada de las Cañas.

No satisfechos con esta primera visita, al siguiente día, llevando buena provisión de agua, volvimos á las ruinas, instalando nuestra carpa dentro de una vieja casa; empezando así las exploraciones sistemáticas que han dado por resultado el actual estudio.

La vieja ciudad de los Quilmes puede dividirse en tres partes: la primera se extiende sobre un terreno poco quebrado; pero que

---

(*) Segunda Expedición enviada por el Instituto Geográfico Argentino á los Valles Calchaquíes, efectuada de Noviembre 1896 á Marzo 1897, con mis compañeros, los señores Santiago París, Federico Voltmer y Emilio Budín.

arrancando del pié de los cerros antedichos, vá descendiendo hácia el sur con bastante declive, en una extensión más ó menos de un kilómetro cuadrado.

La segunda se halla colocada en las faldas del cerro, desde su pié hasta la cumbre, y la tercera ocupa la meseta superior, ó sea el plano de la misma cumbre.

Difícil es darse cuenta de este enorme hacinamiento de ruinas que causan desde el primer momento una impresión de asombro y confusión. Nada más acertado que la comparación que hizo el Sr. Lafone Quevedo de que, al principio, «le parecieron viscacheras descomunales, porque á la distancia se presentan como montones de escombros con sus entradas correspondientes».

Pero como él mismo agrega: «luego que penetramos á lo edificado, comprendimos lo que había; pues todo ello era una serie de casuchas de piedras apiñadas como los panales de una colmena, de suerte que con la mayor facilidad y sin el menor riesgo, marchábamos á caballo sobre la cima de las murallas, que en parte tenían dos varas, y en lo general, más de una de ancho. De trecho en trecho llegábamos á unas sendas angostas que parecían ser las calles». (*)

El señor Lafone, como él mismo lo confiesa, no hizo sino un rápido paseo por las ruinas, sin tiempo para estudiarlas con detenimiento. Nosotros, más felices, acampando dentro de ellas, pudimos proceder á su estudio, satisfaciendo así el deseo por él mismo expresado más adelante.

La ciudad baja.

Como he dicho ya, ésta ocupará una extensión de unas 8 cuadras ó sea un kilómetro cuadrado.

El suelo sobre el cual se halla edificada, desciende de norte á sur, y como éste arranca desde la base del cerro, sin ser quebrado, presenta una serie de desniveles que forman, puede decirse, como escalones en dirección este á oeste, entrecortados por zanjones y pozos de dos y tres metros de profundidad, de forma irregular, y que, á trechos, se hallan separados por algo como terraplenes que se entrecruzan formando une especie de gran red.

Ahora bien, los indios han edificado sus casas aprovechando estos zanjones y pozos, que han rodeado de pircas cuya altura varía entre uno y tres metros, sosteniendo así los terraplenes que les sirvieron

---

(*) Londres y Catamarca, pág. 3. 1883.

de calles y plazas, en una palabra, de vías de comunicación para poder andar entre ese laberinto de edificios.

Por esta razón es que la disposición de las casas se muestra desde el principio muy irregular y formando grupos aislados que son rodeados por estas calles tortuosas; pero, cuando el terreno lo ha permitido, son en lo posible rectas.

Los edificios se presentan de dos formas: una cuadrada y otra circular, ambas en general unidas y raras veces separadas entre sí.

Los edificios cuadrados son regulares ó nó, según lo ha permitido el pozo donde han sido construidos. Aún hoy día que su interior se ha rellenado algo con la tierra transportada por el agua y el viento, hay paredes que miden una altura de dos metros del lado interno y tres exteriormente.

Estas paredes han sido levantadas con piedra laja, y, del lado interno, los indios se han esmerado en hacerlas lo más á plomo posible, arreglando la piedra de tal manera y calzándola con otras pequeñas, que con facilidad, si fueran rebocadas, quedarían en su mayor parte perfectamente lisas. Del lado interno y en la parte inferior, casi todas han sido empezadas, ó con grandes piedras ó con lajas paradas y clavadas de punta, para evitar con esto que la pared se venciese hácia dentro (fig. 1).



Fig. 1

Las pircas (*), cuando son muy anchas, parecen haber sido rellenadas en su interior con piedra menuda.

Hácia afuera, las paredes no son tan regulares, y muchas de ellas, en forma de plano inclinado; su espesor varía: las hay hasta de dos metros de ancho en su parte superior.

Los edificios cuadrados tienen dimensiones variables: hemos medido algunos de un largo de 24 metros por 16.80 de ancho; otros de 6 metros de ancho por 10.30 de largo, etc.

Muchos de estos edificios cuadrados, no son enteramente pircados en su interior, siéndolo siempre del lado externo. En alguno se vé á trechos muros de sostén para que la tierra no se desmoronara, los cuales son bien verticales, habiendo medido algunos de 1 metro 70 de alto.

Las esquinas del lado interno también se hallan pircadas, ya sea en forma de ángulos rectos, ya en arco de círculo, todo perfectamente construido.

(*) Llámase *pirca* á toda pared hecha de piedras superpuestas.

Fig. 1. Parte basal de las paredes vistas del lado interno.

Todos estos edificios cuadrados poseen una ó dos puertas, generalmente una sola, y casi siempre en su costado norte y en una esquina. En ellas la pirca reviste ambos lados en ángulo recto; la abertura de estas puertas es de ochenta centímetros término medio (fig. 2).

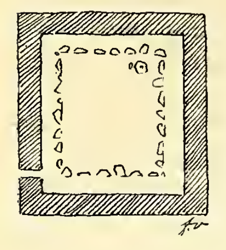


Fig. 2

El interior de estos edificios cuadrados ofrece une particularidad, y es la curiosa disposición de unas grandes piedras clavadas en el suelo, paradas, aisladas entre sí, algunas hasta de más de un metro de alto y colocadas en una línea paralela al perímetro, destacadas de las paredes como dos metros término medio.

A veces otra línea de piedras divide en dos el edificio por su parte más angosta.

Al principio no sabía á qué atribuir esta disposición, pero después,

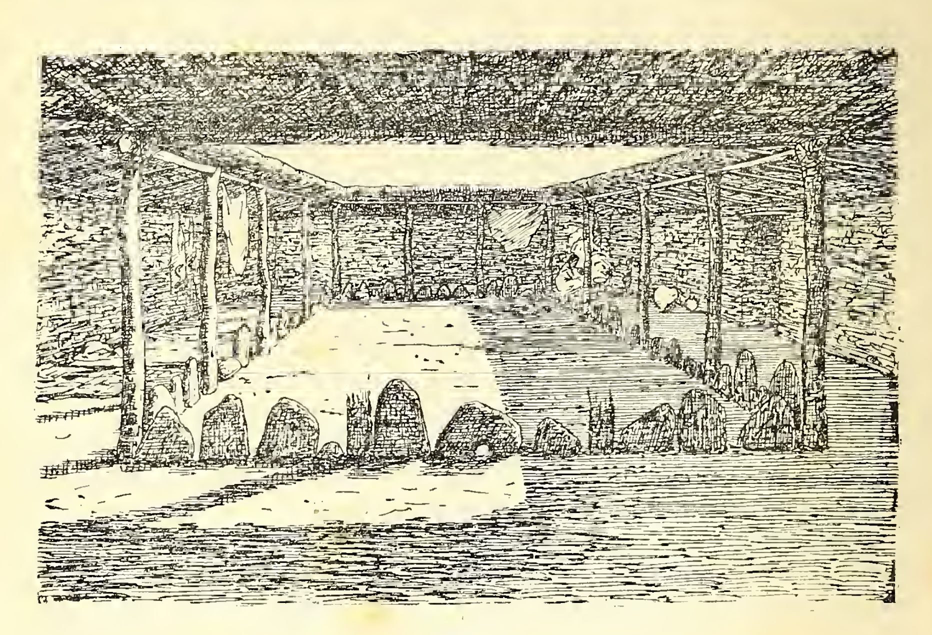


Fig. 3

recordando que había visto en Andaguala, Cafayate y otros puntos,

Fig. 2. Edificio cuadrangular con puerta al norte, piedras alrededor y mortero en la esquina sudoeste.

Fig. 3. Restauración de una casa quilmeña.

algo parecido que ayudaba á sostener un cerco de rama, pude explicarme el caso del siguiente modo:

Entre esas piedras, los indios colocaban ramas paradas, de las muchas especies de plantas y arbustos espinosos que allí abundan, como ser la brea, la rama negra, la roseta, el retamo y aún el algarrobo, etc., que se entrelazan admirablemente, y quizás de esa manera, subiendo la rama y ayudados por palos de cardón, podían unir desde las piedras paradas hasta la pared de pirca y formar así una porción cubierta que los protejiese del sol y de las lluvias, y donde la familia pudiese reposar.

Porque no es creible que pudiesen techar espacios tan anchos como ser 16 y 6 metros respectivamente, anchura de los edificios á que he hecho ya referencia, no sólo por los grandes tirantes que necesitarían, difíciles de encontrar allí, sino por el trabajo ímprobo que les hubiese costado el labrar y transportar la madera de algarrobo, única que podía haberles porporcionado tirantes que nunca hubiesen alcanzado esas dimensiones.

Sentada esta hipótesis que me permito exponer á la consideración de mis colegas, dentro de cada edificio cuadrado y con sus costados cubiertos de esta manera, quedaría en el centro un espacio libre, una especie de patio, que la familia aprovecharía para sus faenas cuando no lo impidiesen el sol y la lluvia (fig. 3).

Esas ramadas de dos á dos y medio metros, formando corredor, seguramente siguiendo la misma costumbre aún hoy usada, debía ser cubierta de tierra mojada, la que una vez seca, haría aún más impermeable estas habitaciones.

También es posible que entre esas piedras hubiesen plantado horcones de algarrobo, que sostuvieran tirantes de cardón ó del mismo árbol y techado el todo con rama y tierra, dejando el frente libre hácia el patio central, formando así simples corredores cubiertos, que para atajar los rayos del sol, protegerían con ponchos, etc.

En cuanto á la división central, bien pudo ser para instalar un simple cerco de rama y separar así á dos fracciones importantes de la familia habitadora de la casa (fig. 4).

En otro de estos edificios cuadrados, con puerta al sur, hallamos en el interior otra pirca como de

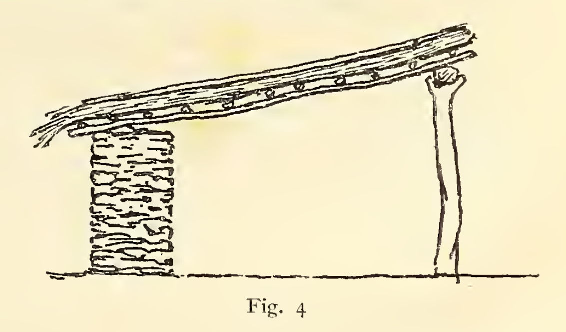


Fig. 4

Fig. 4. Corte vertical de una casa quilmeña para mostrar la disposición del techo.

un metro de alto que formaba un cuadro separado de las paredes este-oeste, como unos cuatro metros, y dos, de las norte-sur.

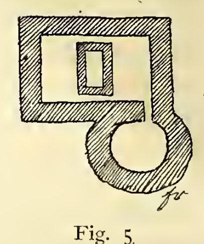


Fig. 5.

Esta particularidad no puedo explicármela sino suponiendo que el cuadro formado por la pirca interior estuviera techado, siendo su ancho de unos dos metros y medio y el resto de terreno circundado por la pared exterior, hubiese sido el patio, en una palabra lo inverso del caso anterior (fig. 5).

Dentro de estos edificios cuadrados, se hallan, comunmente en una de las esquinas, grandes piedras con un mortero en el centro, y, en las mismas, pequeños espacios pircados con piedras altas, los que, cavados, nos revelaron el sitio de las cocinas, por la gran cantidad de carbón, cenizas y algunos huesos partidos que hallamos.

En otros encontramos algunas conanas ó piedras de moler grano á mano, como las que todavía se usan entre los araucanos, de forma ovalada y de superficie cóncava (fig. 6).

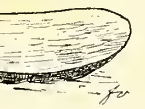


Fig. 6

Dentro del patio de otro edificio cuadrado, nos llamaron la atención dos grandes piedras chatas y perforadas cerca de su borde superior, enterradas, una frente á otra, en dirección este-oeste, y separadas entre sí por una distancia de 9.50 metros.

Lo curioso es que en ambas, enterradas á desigual profundidad, coincidían perfectamente los centros de sus agujeros; pues, colocado un hilo dentro de ellos, quedaba horizontal. Visto esto, comprendimos que la razón de la desigualdad aparente de su colocación, era intencional á causa del desnivel del suelo.



Fig. 7

¿Qué objeto habrán tenido estas piedras? No lo sé; es posible que unidas por una cuerda servirían de línea de separación, ya sea dentro de la casa, ó entre personajes que quizás se reunieran en ella para alguna ceremonia (fig. 7).

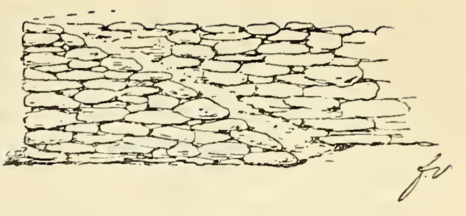
En varias casas de éstas, cuando la pirca era muy alta, del lado externo se hallaban como especies de escaleras en plano inclinado, que, desde el suelo, subían dentro de la pirca misma hasta su parte superior.

Como estas pircas son tan anchas, es pre-

Fig. 5. Edificio cuadrado con otro en su interior y unido á una pirhua circular.

Fig. 6. Conana de moler grano á mano.

Fig. 7. Piedras agujereadas clavadas en el suelo de una casa.


Fig. 8

sumible que, á modo de terrazas, sobre ellas pasarían los indios mucha parte del día ó de la noche, ya para gozar de la brisa en los días de mucho calor, ó ya para aprovechar del fresco en las noches sofocantes, y entónces, toda esa gran ciudad debía presentar un golpe de vista curioso y animado con sus habitantes moviéndose sobre las altas pircas.

Edificios circulares.

Puede decirse que se hallan exclusivamente en la ciudad baja.

Son construcciones circulares, bien pircadas, de cinco metros ó más de diámetro, que casi siempre dependen de los edificios cuadrados con los cuales se comunican por puertas angostas de ochenta centímetros

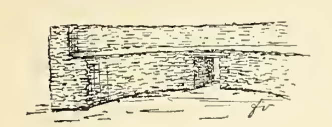

Fig. 9


Fig. 10

á un metro de ancho, por otro de alto, cubiertas por lajas de piedra, unas al lado de otras, y con pircas sobre ellas, de manera que pueden considerarse como puertas casi ocultas que miran al norte (figs. 9 y 10).

Estas construcciones circulares que no tienen más comunicación que con los edificios cuadrangulares, desde el primer momento me han parecido almacenes para el depósito de los granos que debían acondicionarse, ya en pirhuas circulares y bajas, como las que todavía se usan en estos valles (fig. 11) tapadas con rama y tierra, ó ya bajo un techo có-

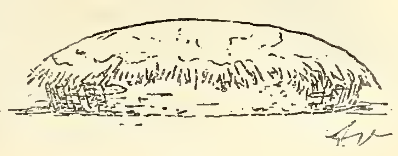

Fig. 11

Fig. 8. Escalera en una pared.
Fig. 9. Puerta cubierta de comunicación entre un edificio cuadrado y uno circular.
Fig. 10. Detalle de la puerta figura 9.
Fig. 11. Pirhua ó parva actual de la región de Quilmes.

nico construido más ó ménos como el de la figura 13, cubierto de la paja que abunda en el bañado, ó con rama y tierra.

De esta manera se comprendería entónces la razón de esa puerta pequeña y cubierta, cuyo piso inclinado tiende á bajar, y es natural que por allí penetraran á extraer las provisiones que necesitaran para el consumo de las familias.

En aquella época, cuando aún se conservaban los inmensos bosques de algarrobo que el hacha, el fuego y la imprevisión de los hombres desde la colonia hasta ahora, no habían desvastado, debieron ser esos valles, por la razón lógica de la presencia de esa colosal masa de vegetación, sumamente llovedizos, y por esa razón los viejos habitantes de Quilmes pondrían sus cosechas de maíz, algarroba y quinoa, al abrigo de los temporales, que, á juzgar por algunos de los que ahora se desencadenan, fueron sin duda torrenciales.

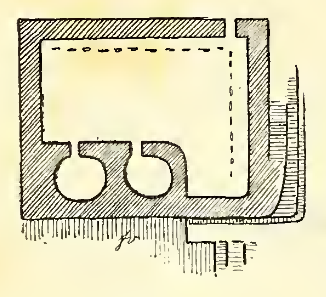


Fig. 12

Por consiguiente, eran indispensables esas pirhuas cercadas de piedra, y de allí que cada familia ó comunidad tuviera la suya junto á la casa, y algunas hasta dos para asegurarse la conservación del alimento durante la mayor parte del año (fig. 12).

Esto por una parte, por otra la necesidad de resguardar esas cosechas de los tremendos ventarrones que allí soplan, y, además, el tenerlas cerca de la casa, al abrigo de los golpes de mano de las tribus enemigas, y como elementos como para sostener largos sitios sin verse expuestos á sufrir los horrores del hambre, dentro de una ciudad como esa, que por sí sola era una fortaleza, —hacen más presumible mi hipótesis de que esas construcciones circulares tuviesen el objeto de pirhuas en las que guardarían en cierta forma sus vituallas (fig. 13).

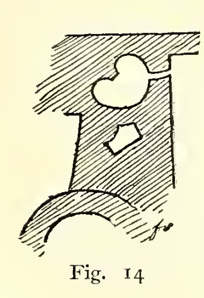


Fig. 14

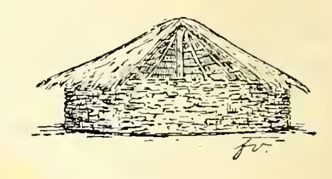


Fig. 13

Los grupos de construcciones cuadradas, cuadran-

Fig. 12. Plano de una casa con puerta al norte, con dos pirhuas anexas, escalera en la pared este y piedras paradas indicando corredores sólo en sus costados norte y este.

Fig. 13. Restauración de una pirhua ó edificio circular.

Fig. 14. Trozo de pirca divisoria entre dos edificios cuadrados y uno circular dentro del cual hay un cuartujo sin salida de 1 metro 70 y una pirhua en forma de riñón.

gulares y circulares se suceden en diversas secciones de la ciudad, principalmente en la del centro, y entre ellas, de diverso tamaño, no dejan de haber otras más pequeñas. En algunos grupos se notan cuartujos de pocos metros, algunos casi como casuchas. Observamos uno, de forma curiosa, irregular, sin salida, de 1 metro 70 y una *pirhua* cuyo plano se semeja á la forma de un riñón (fig. 14).

Morteros públicos.

Me permito dar este nombre á unas construcciones de piedra, de forma circular, á flor de tierra, que al principio tomamos como indicación de tumbas.

En nuestra exploración tuvimos oportunidad de estudiar dos de estos curiosos monumentos.

El primero, pequeño, de dos metros de diámetro, aparecía como un círculo de piedras clavadas y volcadas en el ángulo de una especie de plazoleta, é inmediato á un grupo de edificios cuadrados de gran tamaño, uno de los cuales poseía dos pirhuas circulares.

Extraida la tierra que llenaba su interior, descubrimos en el centro una gruesa piedra muy pesada, que presentaba en su cara externa y en el medio, un mortero excavado (fig. 15).



Fig. 15

Esta piedra hallábase bien calzada con otras pequeñas para que su superficie fuese perfectamente horizontal. El espacio comprendido entre ella y la pirca circular que la rodeaba, estaba embaldozado con lajas, colocadas de manera que formaban un piso al mismo nivel de la cara donde se hallaba el mortero.

Esta disposición tan interesante, me hizo sospechar al principio, que se tratase de la boca de una tumba, así es que, después de dibujarla, procedimos á levantar las piedras y á efectuar una excavación que nos hizo dar bien pronto con el suelo vírgen, no sin antes habernos descubierto restos de carbón y algunos pequeños huesos de llama fragmentados.

El segundo mortero es más curioso y de mayor tamaño; la pirca que lo rodea no es perfectamente circular, y, medida, nos dió los si-

Fig. 15. Mortero público de una sola piedra ahuecada.

guientes diámetros: 3 metros 60 por 2. 70. Entre las piedras que la formaban, nos llamó la atención una que debió ser un viejo mortero, pues estaba perforada de parte á parte; otra rota con otro empezado y una conana partida por la mitad (fig. 16).

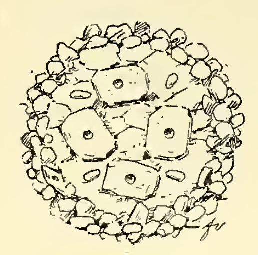


Fig. 16

Extraída la tierra del interior de esta pirca hallamos cuatro piedras con morteros colocadas en cruz de norte á sur y de este á oeste, y en el espacio libre entre ellas, otras cuatro conanas separadas entre sí por lajas que formaban un piso igual, para lo cual el todo había sido acuñado con pequeñas piedras, por su parte inferior.

Levantadas estas piedras, siempre en la creencia de encontrar una tumba, hallamos la siguiente particularidad: una de las grandes piedras se había perforado completamente, por el uso contínuo, pero como era muy grande y cómoda, fué colocada sobre otra, grande también y bastante lisa, á fin de poder seguir aprovechándola.

Debajo de estas piedras, la excavación nos descubrió el suelo virgen.

Esta curiosa disposición de varios morteros y conanas, también en otra plazoleta y cerca de otro grupo de edificios, no deja de llamar la atención; pues morteros dentro de la ciudad de Quilmes se hallan en todas partes, dentro y fuera de las casas, y principalmente en las grandes rocas á flor de tierra que tienen uno ó varios.

De manera que estas construcciones que nos ocupan ahora, no es difícil hayan tenido un objeto especial, un ritual religioso por ejemplo, donde se moliese al maíz ó la quinoa para fabricar ciertos panes, ya fuera para los sacerdotes, ya para las ofrendas ó para algunas ceremonias parecidas á las que los peruanos hacían con el *Pan Kancu* ó *Zancu* en sus fiestas de *Rayme* y *Citua*.

Algo de esto, un resto de atavismo, existe en esos lugares; por ejemplo, en algunos puntos, las mujeres acostumbran ir á ciertos morteros de esos que hay cerca de los ríos, en las grandes piedras, á moler su maíz, y sé de buena fuente que hacen su invocación á la Pacha Mama á fin de que no se les lastimen los dedos.

Desgraciadamente, he recogido este dato un poco tarde, y no he podido conseguir el texto de la invocación, la que no pierdo la esperanza de recoger en otro viaje.

Fig. 16. Mortero público de cuatro piedras ahuecadas y cuatro conanas.

La fortaleza.

La fortaleza se compone de una gran cantidad de pircas escalonadas que van subiendo poco á poco, sin más plan que el de aprovechar todas las desigualdades de las faldas del cerro, en sus tres frentes.



Fig. 17

Donde el suelo lo ha permitido, en toda pequeña meseta aunque sea de pocos metros cuadrados, allí se ha levantado una pirca (fig. 17).

Estas pircas son por lo tanto de tamaño y forma variables: ya simples paredes, una sola á veces, que une dos rocas salientes y forma así una casa, ya otra en ángulo recto para aprovechar una meseta flanqueada en un costado por una peña, ya un frente y dos lados, etc.

Otras veces es un abrigo natural constituido por una gran roca que hace techo, y rodeada después por una pirca que resguardase á los moradores de esa extraña habitación. No por esto deja de haber también algunas casas de regular tamaño parecidas á las de la ciudad como la de la fig. 18 que ha sido construida en dos plataformas del cerro, una más arriba que la otra; la parte más angosta y mas alta tiene cinco metros de largo por tres de ancho y muestra la particularidad

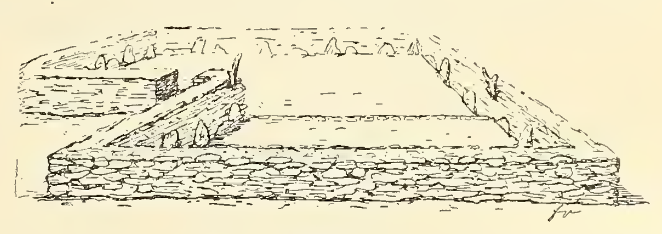


Fig. 18

Fig. 17. Croquis parcial del cerro de Quilmes para mostrar la ciudad baja, las pircas de las faldas (fortaleza) y las de su cumbre (campo de refugio).

Fig. 18. Una de las casas de la fortaleza que aun conserva dos horcones de algarrobo, empotrados en la pirca. El doctor Ten Kate observó, en una casa, los marcos de una puerta probablemente de algarrobo, cuando hizo á estas ruinas una rápida visita. Nosotros las buscamos mucho sin poderlas hallar, lo que por otra parte no es fácil entre tanta pirca.

de conservar aún empotrados en las pircas dos pequeños horcones de algarrobo que sostendrían una cumbrera (fig. 18).

Y así las pircas van subiendo entre las ásperas pendientes, apoyadas entre rápidos desniveles, como nidos de condores.

Como detalle de construcción, hemos observado siempre, que todas esas pircas llevan clavadas, del lado interno, en el suelo, grandes piedras de punta que evitan el derrumbe de las pircas hácia ese mismo lado.

Esta población, bastante incómoda por cierto, es presumible que no haya tenido otro objeto que el de fortificar el cerro, por demás áspero, y de acceso sumamente difícil.

Ella debió ser la fortaleza de los Quilmes, y esto se comprueba una vez más, cuando se observa que todos los puntos estratéjicos del cerro, todas las rocas salientes y que pueden dominar el bajo se hallan pircadas.

Detrás de ellas, los heróicos Quilmes debieron ser terriblemente formidables, y lanzando sus agudas flechas y derrumbando lluvias de piedras y áun pircas enteras, barrían las faldas de esos cerros inexpugnables.

Hemos hecho varios experimentos, y, desde cualquier punto, una piedra derribada llegaba al suelo en una carrera vertiginosa, arrastrando consigo un torrente de otras, en medio de rebotes espantosos, explicándose así cómo renunciaron los españoles á asaltarlos en sus posiciones y sólo pudieron conseguir vencerlos sitiándolos por hambre.

La palabra autorizada del Padre Lozano confirma con sus datos históricos la observación hecha *in situ*, como veremos más adelante.

El campo de refugio.

Sobre el cerro, en el filo que corre de á oeste á este, en una estrecha meseta que domina todo el valle, hállanse las ruinas del tercer grupo de construcciones de los Quilmes, último baluarte, refugio de sus familias, las que, en los momentos de peligro, trepaban en largas filas por las ásperas laderas empinadas hasta él, que flanqueado por profundos precipicios y defendido por las mil pircas de las faldas era así inexpugnable.

Todo el angosto filo se halla ocupado por ruinas de pircas, edificios cuadrados en su mayor parte, sumamente destruidos hoy por el contínuo traquear de la hacienda vacuna y cabría, que atraida por el

abundante pasto de las cumbres, de contínuo anda por allí, saltando entre las paredes ó caminando sobre ellas y derribando poco á poco las piedras que con tanto trabajo el indio otrora amontonara.

El plano adjunto, tomado desde la cumbre á vuelo de pájaro, puede dar una idea de las inmensas construcciones de Quilmes (fig. 19).

Lo que desde allí se abarca no es todo, y sólo las construcciones de la cumbre y parte de la ciudad baja pueden verse, siendo imposible en esa proyección abarcar todas las infinitas pircas de la fortaleza de las faldas, porque estas bajan muy rápidamente.



Fig. 19

Fig. 19. Plano á vuelo de pájaro de las construcciones de Quilmes. El campo de refugio se presenta sobre la cumbre del cerro que está al norte, como una larga calle de pircas que corre de sudoeste al este arqueándose flanqueado por despeñaderos al norte y al sur.

Al fin de la calle, al este, donde se ve una masa de pircas, empieza á descender rápidamente el cerro, y ella constituye parte de la fortaleza propiamente dicha.

Los números 1, 2, 3 y 4 colocados entre las pircas del campo de refugio, señalan respectivamente las mayores alturas.

En la parte sur y en la punta del cerrito que allí baja, hállanse las ruinas de la represa de que hablaremos más tarde.

Este planito ha sido tomado sobre la cumbre del cerro Norte y desde el punto señalado por el número 1.

Como el levantar un plano completo es un trabajo que demanda demasiado tiempo, no sólo por lo complicado de la disposición de los edificios, sino también por las dificultades que oponen las plantas espinosas, muy abundantes allí, nos hemos concretado á tomar esta vista aproximada, y dibujar algunos grupos de edificios como los de las figuras 12, 14, 20 y 26, que pueden dar más ó menos una idea de su distribución irregular.

Rendición de los Quilmes.

Transcribo los datos que trae consignados el Padre Lozano sobre el final de la epopeya de esta belicosa raza.

Los detalles son interesantes; por ellos podrá el lector hacerse una idea de la inexpugnabilidad de las fortificaciones de los Quilmes, que, para ser vencidos, después de cien años de lucha, necesitó el español echar mano de todos los elementos propios y áun de aliados de que podía disponer, para encerrarlos en un círculo de hierro y obligarlos á ceder por hambre.

Hé aquí lo que dice el Padre Lozano:

«Pero como no era el blanco principal de esta empresa, reservando su total castigo para sazón más oportuna, se volvió á la ciudad de Esteco el Gobernador (Mercado y Villacorta), dando órden acudiesen de sus fronteras las milicias de la Rioja, Catamarca, Córdoba y Tucumán y acercó gran cantidad de bastimentos á las faldas de la cuesta del valle de Choromoros, dispuso sitios acomodados, donde se mantuviesen las bestias para el trajín y para el servicio de los soldados y gran cantidad de vacas para el sustento, providencias muy propias para facilitar la facción, porque de su falta se suele originar el malogro de otras diligencias, y con esta prevención estaban tan á mano que se tenían á tiempo como se deseaban, corriendo todo por el cuidado del maestre de campo Miguel de Elisondo, que tenía á su cargo algunos soldados é indios amigos Pacciocas y Tolombones en un fortín construído para la defensa, y bien pertrechado, como también para la seguridad de Esteco y tener allí resguardadas las espaldas contra los Mocovies, se había fabricado el fuerte de Pongo, que después se conservó muchos años como utilísimo para la defensa de dicha frontera.

«Dadas estas providencias, emprendió el Gobernador con su numeroso tercio, la entrada á Calchaquí, y repechando la primera cumbre, desde donde se pone á la vista el Valle todo, y los sitios de sus pueblos, descubrieron los Tolombones amigos, como actualmente estaban los Quilmes ocupados en la rosa para sembrar los trigos, y el Gobernador al entrar la noche, destacó una partida de soldados guiados de persona práctica, que prendiesen algunos de los enemigos, para enterarse de sus designios y prevenciones. Consiguióse el intento sin peligro cogiendo á cierto indio llamado el Sargento, por haberle Bohorquez, conociendo su valor, dado ese oficio en su ejército, y era entre los suyos de autoridad, y con él trajeron á otros indios. Fueron exami-

nados separadamente sobre lo que se deseaba, y contestes depusieron, que los Quilmes se hallaban en un sumo descuido sin la más leve prevención para la guerra, y de esta ignorancia nacía que ninguno de ellos se había retirado á las alturas de las montañas, y tenían juntos en sus casas las vituallas, recogidas en la cosecha precedente, que había sido muy abundante (fig. 20).

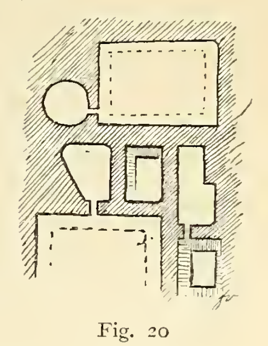


Fig. 20

«Algunos, que se escaparon de las manos del destacamento español, dieron aviso á los suyos de la cercanía de nuestro ejército, y como les cogió impensadamente esta noticia del todo desprevenidos, no es fácil de creer la extraordinaria confusión que hubo en todos los pueblos, sin pensar más que en treparse por las asperezas más fragosas, para salvar las vidas; que las haciendas era imposible asegurarlas.

«Entraron en el pueblo de los Quilmes, Tolombones y Pacciocas causando gravísimos daños, y quemando todos sus víveres (*), para obligarles á rendirse, faltándoles este medio de subsistencia. Apoderados de dicho pueblo, trataron los españoles de fortificarse, y fabricar una capilla, para tener el consuelo de asistir á los divinos oficios, que celebraban los dos misioneros, y el capellán mayor del ejército nombrado por la Sede-vacante, y era el doctor don Juan Lasso de Puelles que después fué chantre de esta santa iglesia de Tucumán, y entónces había ido con el tercio de Santiago.

«Quisiera el Gobernador, entrar luego en operación contra los rebeldes que se habían retirado á una aspereza de muy árdua subida, en que tuvieron tiempo para fortificarse, por la tardanza de los tercios de Tucumán, Lóndres, Rioja y Catamarca, que no salieron al tiempo señalado, y fueron causa, de que no pudiendo la gente del Gobernador esponerse á hacer correrías, se pudiesen prevenir los Quilmes.

«Acercóse el Gobernador á Tafí, á dar calor á la salida del tercio de Tucumán, y á los otros tres les hizo apresurar la marcha desde Gualasto que era el término del Valle hácia el Sur. Juntos por fin, se determinó dar asalto á las fuerzas de los Quilmes; pero con mal su-

---

Fig. 20. Grupo de edificios de la ciudad baja, parte central: al norte casa cuadrada con su correspondiente pirhna circular, al sur otra con la suya de forma irregular, al este otra alargada comunicando con un pequeño cuarto cuadrado y en el centro una pieza sin puertas y con doble pirca como si fuera terraza.

(*) Estos datos parecen confirmar mi opìnión de que los edificios circulares fueran las pirhuas de guardar las cosechas.

ceso, como en la campaña del año de 1659, por que sin poderla tomar, nos mataron los indios diez hombres, que por una necia emulación se adelantaron sin órden, á cojer una eminencia de la montaña, y hallando fuertísima resistencia, pelearon hasta gastar la munición, y tardando los que les iban á socorrer, llegaron á las manos de los defensores, quienes á unos despeñaron, y á otros mataron. Van los españoles menos cuerdos, á estas guerras en la persuación de que sólo han de morir los indios en las batallas, como si las flechas ó dardos no hicieran sangre como nuestras balas y espadas, y por eso semejantes desgracias les suelen amilanar, como aquí sucedió, que se reconoció mucho quebranto en los bizoños, y fué necesario les alentasen los veteranos expertos, para que se empeñasen con nuevos bríos en abatir el orgullo de los Quilmes que le ostentaban grande con este primer suceso, creyendo sucedería lo mismo, que en la campaña citada. Entre las muertes, la más sensible fué la del capitán Mateo de Farias, sujeto de notorio y acreditado valor, pero notado de áspero y poco piadoso en el tratamiento de sus indios, y se tuvo por cosa más que ordinaria, que muriese á sus manos, y no apareciese su cadáver para darle sepultura, porque se había metido por parte muy estraviada.

«Aunque no se les repitió el asalto á los rebeldes por lo inaccesible de su fortaleza, se resolvió sitiarlos estrechamente, para que la hambre consiguiese lo que no podían las armas; labraba en ellos fuertemente tan poderoso enemigo, principalmente en la chusma de niños y mujeres, que no pudiéndose atener á su rigor, llenaban el aire de lamentos pidiendo comida: por fin enternecieron tanto á los Quilmes estas lástimas y su propia necesidad, que ablandaron su empedernida dureza, y se rindieron al español, saliendo á tratar de ajustes en nombre de todos, el cacique principal don Martín Iquin.

«Capitulóse, que se les perdonarían las vidas y haciendas, pero con condición que habían de desamparar el Valle y ser encomendados á los vecinos en el lugar que les destinase el Gobernador. Abrazaron por fuerza este sensible partido y se les aseguró desarmados, en parte donde no pudiesen hacer fuga, ni intentaran otra novedad. . . . (*)

Represa de piedra

Al sud oeste de la ciudad baja y más ó menos á unos mil metros en línea recta de la base del cerro donde se halla la fortaleza, se ven

---

(*) Lozano op. cit. Tomo V. pág. 232 y sig.

aún los restos de una antigua represa que sirvió á los viejos Quilmes para almacenar una gran cantidad de agua. (fig. 21).

Para construirla aprovecharon un espolón del cerro, el que, después de dar una vuelta en forma de media luna, se interna hácia el este.

De este espolón formado por piedra laja, han arrancado la pirca de la represa, importante trabajo, pues mide de ancho en su parte superior tres metros, con una altura de otros tres en su parte esterna y uno en la interna, todo bien construido con la misma piedra laja.

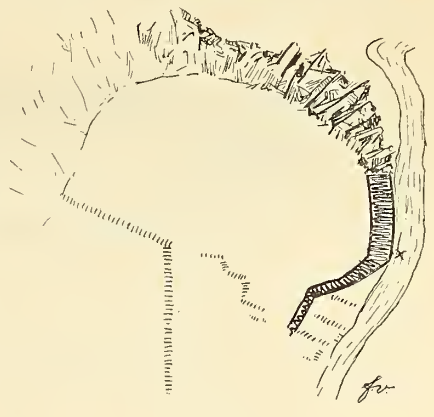


Fig. 21

El espacio encerrado entre el espolón y la pirca de la represa, (ésta de figura de un arco de círculo) tiene un diámetro norte sud de unos treinta y cinco metros.

Cerrados los costados de la represa,—al este por la pirca antedicha y al norte por el espolón lajoso,—quedaba de por sí cerrado el perímetro al oeste por la base del cerro, que, en esa parte, desciende suficientemente para formar una hollada natural.

En el costado oeste se ven los restos de una pirca que saliendo en dirección este, forma un ángulo al dirijirse hácia el sud como para permitir y dirijir la entrada de las aguas al interior de la represa.

Hállanse también en la misma entrada restos de pircas en forma de zig zag, ya muy destruidas, cuyo objeto no puedo explicarme; quizás hayan servido para moderar el ímpetu de las aguas cuando penetraban dentro de la represa.

En el costado este y detrás de la parte terminal del arco de círculo que forma la gran pirca, notamos vestigios de otras casi cuadrangulares que, ó bien pudieron pertenecer á una casa, ó ser simples murallas de sostén de la misma.

Por el costado sur entraban las aguas bajando por el declive natural del terreno, de modo que sólo los costados norte y este resistían al empuje de la masa que allí se almacenaba formando un gran lago, el cual, por mucho tiempo, debió proveer á la población y sus sembrados del agua tan necesaria en ese lugar donde hoy no existe ni una gota.

Fig. 21. Plano de la represa; la parte superior corresponde al norte. La letra X corresponde á la boca de salida de las aguas.

La salida de las aguas ó la boca toma de las acequias aún existe en la parte externa de la pirca, es decir, en el costado este: la constituye una puerta de un metro de alto por sesenta centímetros de ancho, perfectamente construida en piedra y techada con grandes lajas en la misma forma de la fig. 22, empotradas en la pirca misma.

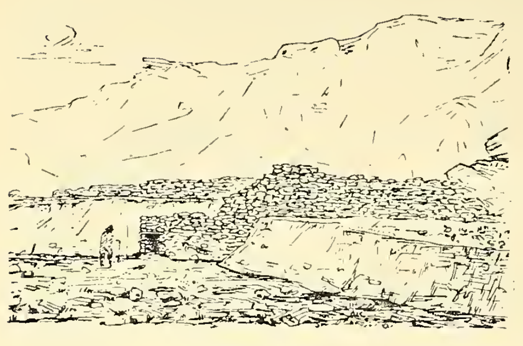


Fig. 22

Interiormente se han vencido algunas lajas y por eso hoy está llena de tierra.

Esta boca daba á una acequia que corría de norte á sud, transformada hoy por las crecientes en un arroyo profundo que ha escavado la tierra del lado externo de la represa, ayudando no poco á la destrucción de la gran pirca.

Del lado de adentro de la represa y correspondiendo á la boca-toma, los indios habían construido una pirca triangular, que desde la pared avanza hácia adentro pocos metros, y á cuyo centro debió bajar el agua para salir por la acequia (fig. 23).

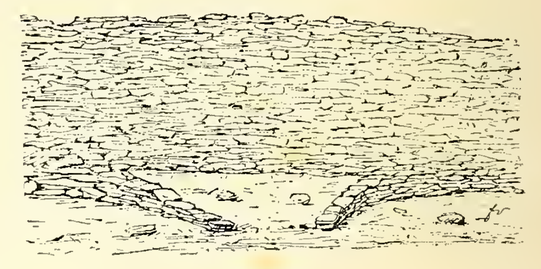


Fig. 23

Esta represa ha servido en un tiempo de corral de cabras y á ello se debe en parte su destrucción; pero así mismo, resistirá por muchos años á pesar del abandono en que se encuentra.

Muralla megalítica y rastrojos

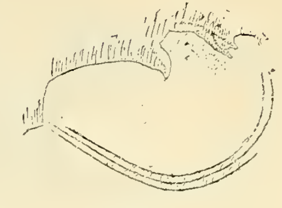
Toda la ciudad se halla encerrada dentro de una larga muralla de

---

Fig. 22. Parte externa de la represa mostrando la boca de salida de las aguas.

Fig. 23. Parte interna de la represa correspondiente á la boca toma.

piedras amontonadas que arrancando de la quebrada de Quilmes corre más ó ménos en dirección oeste sud á este norte (fig. 24).


Fig. 24

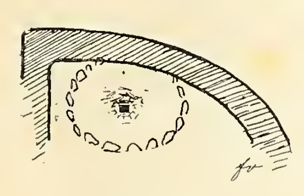
La muralla no es una obra perfecta; es un simple amontonamiento de piedras, grandes en su mayor parte, pero que no dán á la pared más de un metro de altura por uno ó dos de ancho.

Para mí no ha tenido otro objeto que el de dar cabida á las piedras estraidas del suelo para limpiarlo y poder sembrar en él.

Esta muralla es en todas partes doble, en muchas triple, y en el espacio comprendido entre ellas, se ven aún los restos de las divisiones, también de piedra, y dirigidas perpendicularmente, que han formado los canchones de las labranzas ó rastrojos, cuyas dimensiones no pasan en general de 10 á 20 metros cuadrados.

Tumbas

A pesar de los muchos trabajos de excavación que efectuamos en la parte central de la ciudad, no pudimos encontrar tumba alguna para estudiar su contenido, y sólo debimos contentarnos con el exámen de dos que habían sido profanadas, seguramente con la idea de extraer tesoros escondidos.


Fig. 25

La primera se hallaba en el ángulo que hace una de las calles de la ciudad, que corriendo de este á oeste tuerce luego al sud.

En el centro de un gran círculo de piedras, algunas de ellas clavadas de punta, vimos la entrada de la tumba, cuyo interior, pircado cuidadosamente con laja, presentaba un diámetro de un metro y medio por otro de profundidad (fig. 25).

La segunda, de igual construcción pero un poco más pequeña, fué

Fig. 24. Dibujo aproximado de las largas murallas que rodean la ciudad de Quilmes; por un error, la distancia entre ambas se ha exajerado en este dibujo.

Fig. 25. Tumba en una especie de plazoleta situada en el ángulo que forma una calle; parte central de la ciudad.

encontrada en el interior de un gran edificio cuadrangular, al lado de la puerta, en el ángulo nordeste y al pie de una pequeña pared en arco de círculo, de cuya base arrancaba una serie de piedras clavadas que rodeaba la tumba á una distancia más ó menos de dos metros (fig. 26).

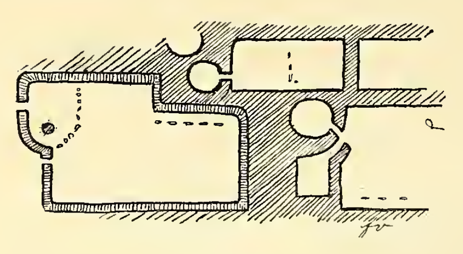


Fig. 26

Revolviendo los escombros, hallamos huesos de personas adultas que habían sido fragmentados por los que profanaron estas tumbas, junto á restos de alfarerias pintadas que nos parecieron de pequeñas urnas y pucos.

El detalle de la construcción de estas tumbas abovedadas es el siguiente (fig. 27):

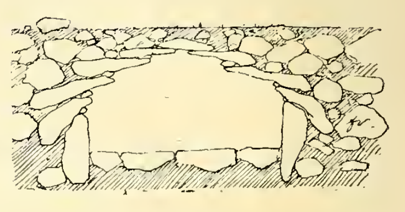


Fig. 27

El plan ó suelo se presenta cuidadosamente embaldo'ado con trozos de laja ó piedras chatas de espesor variable, colocadas de modo que quede un piso uniforme. Las paredes, de forma circular, se hallan revestidas por otras lajas grandes, paradas y superspuestas, con los intersticios que quedan entre ellas ocupados por otras pequeñas, á fin de que el conjunto presente una superficie lo más lisa y unida posible.

A una altura de ochenta centímetros, mas ó menos, empieza á formarse la bóveda que cierra la tumba. Para esto han colocado trozos largos de piedra, recostados sobre la pared, formando con ella un ángulo de 45° á 50°, dirigido el extremo libre hácia el centro del pozo y apoyando el otro sobre las lajas que forman la pared, y á fin de dar á aquellos una inclinación uniforme, han sido calzados por debajo con pequeñas piedras, cuando su forma lo ha exigido.

Una vez puesta la primera camada, se ha procedido á colocar la segunda con trozos más largos que sobresalen de los primeros, y cargando también sobre éstos, en su parte posterior, otras piedras, para que los nuevos no las hagan caer.

Fig. 26. Grupo de edificios de Quilmes con sus pirhuas correspondientes: la gran casa del norte con dos puertas en la misma dirección muestra una tumba entre ambas y rodeada por un arco de piedras paradas.

Fig. 27. Corte vertical y esquemático de una tumba abovedada, que muestra los detalles de su construcción.

Esta operación se repite hasta que la bóveda cierre completamente y las últimas piedras queden al nivel del suelo más ó menos.

El todo parece haber sido recubierto con la tierra extraida, la que con las lluvias y los años ha ido penetrando poco á poco hasta llenar estas tumbas, según hemos tenido ocasión de observar en otras que exploramos en distintos puntos.

El trabajo, en su conjunto, no puede ser mejor hecho, y dado los elementos de que podían disponer, se nota en todos una proligidad en la elección de la piedra que demuestra la importancia que para los indios tenía, en sus creencias religiosas, la conservación de los muertos.

Desgraciadamente las profanaciones de que fueron objeto estas dos tumbas, nos han impedido constatar prolijamente su contenido, sobre todo el de la primera que es casi seguro ha de haber pertenecido á algún personaje dada su ubicación.

Además de estas tumbas, hallamos también algunos cementerios de niños enterrados en urnas funerarias, cuya exploración nos dió resultados más felices.

Cementerios de niños

Estos cementerios no se hallaban dentro del perímetro de la ciudad de Quilmes, sino lejos de ella, y próximos á la finca actual del Bañado, en un terreno arenoso, antiguamente ocupado por el monte de algarrobos característico de esa zona.

Pocos días antes de nuestra llegada, efectuándose un pequeño trabajo como á dos cuadras de la casa, se había tropezado con una urna y en ese punto resolvimos hacer una escavación.

A las primeras paladas empezamos á hallar uno tras otro, nuevos ejemplares, cuyas bocas no distaban de la superficie sino algunos centímetros. El total de urnas extraidas de este cementerio, en cuya prolija excavación empleamos tres días, fué de veinte y cuatro pertenecientes á diversos tipos.

Agotado este primer cementerio, continuamos la exploración de otro, situado como á tres cuadras de distancia y en igual terreno; este último nos proporcionó sólo nueve urnas.

En ambos cementerios, los tipos de urnas que predominan son el que el señor Lafone Quevedo ha llamado Santa Mariano (fig. 28) (*) y además el que propongo llamar de Amaicha (fig. 34).

(*) *Catálogo de las Huacas de Chañar Yaco.* Revista del Museo de La Plata, tomo III página 33 y siguientes.

Urnas Santamarianas—Pintadas, cuerpo pequeño ovoide, coronado por un gollete largo, cilíndrico, que va ensanchándose á medida que llega al borde, el que se dirige hacia afuera.

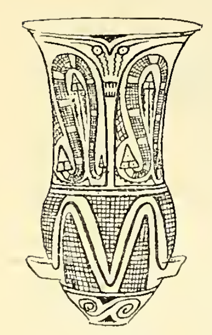


Fig. 28

El gollete en general es más largo que el cuerpo, ó por lo menos del mismo tamaño, y las pinturas casi siempre están divididas en tres secciones; las del gollete, las del cuerpo y las del vientre, separadas entre sí por líneas horizontales. Por excepción, en algunos ejemplares las pinturas de estas dos últimas se hallan unidas (fig. 29).

En todas estas urnas predominan los símbolos animales: la serpiente, el avestrúz y el sapo, ya sólos ó asociados.

La serpiente se muestra exclusiva en urnas como la de figura 28, que es uno de los tipos de dibujo cuyo conjunto más se repite. De éstas estrajimos cinco y conozco muchos ejemplares iguales en otras colecciones.



Fig. 29

Es una urna de largo gollete, cuyo frentes divididos en dos mitades verticales presentan en cada uno la serpiente de dos cabezas arqueada sobre sí misma, y á veces retorcida en forma de S, como la pintada sobre el vientre de la urna fig. 29; con la diferencia de que el cuerpo del animal se halla siempre cubierto de dibujos reticulados y alternados entre sí, y las cabezas son triangulares

En el ejemplar que nos ocupa, dentro de la curva que forma la serpiente, ha sido pintada una cabeza adicional provista de largos apéndices crenulados, y parte del cuello.

Los dibujos que cubren el cuerpo de la urna son muy sencillos y se reducen á triángulos con su interior ocupado por una red de líneas Estos se alternan apoyando sus bases ya hácia arriba ya hácia abajo y los separa una gruesa raya que se ondula para llenar el espacio que queda entre ellos.

Otra línea en forma de doble espiral en S cubre á su vez el claro de la parte inferior de la urna.

Este dibujo es elegante en su sencillez y sobre todo muy caracteristico.

La serpiente se halla también exclusiva, como símbolo animal, en esta otra urna (fig. 30) que extrajimos del primer cementerio.

Pertenece así mismo al tipo Santa Mariano y presenta la variante

de tener el arco superior de las cejas y los dos brazos que se unen sobre el pecho, de relieve y pintados de rojo.



Fig. 30

Cada una de las mitades verticales del gollete se halla dividida en dos zonas horizontales, una de ellas ocupada por la serpiente y la otra por dibujos geométricos cuyo simbolismo no hemos podido descifrar aún; á estas zonas las separan gruesos trazos rojos.

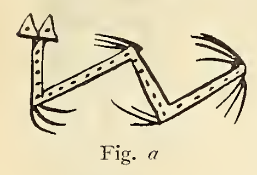


Fig. *a*

La serpiente en esta urna pertenece á la serie de las serpientes rayo, (fig. *a)* (*) bien caracterizadas, es decir, dibujadas en zig-zag, y con el aditamento de mechones flamígeros en sus ángulos, como puede verse enla pintada sobre la parte superior izquierda.

Fijándose bien puede observarse, en esta clase de dibujo, muchas veces repetido, que las dos serpientes pintadas sobre las mitades de cada cara de la urna, no forman más que una sola de dos cabezas, y que, apesar de estar separadas, parece que la mente del artista no fué otra sino el de dar á entender que la fracción de la derecha, con la cabeza hacia ese lado, no es más que la continuación de la de la izquierda con su correspondiente cabeza mirando al mismo lado.

Otra particularidad digna de notarse en este dibujo, es que la boca, provista de dientes raleados que corresponde á la figura humana que representa el conjunto del gollete de la urna, se halla siempre en la zona inferior de la derecha, como tapando la continuación de la serpiente allí pintada.



Fig. 31

Los dibujos del cuerpo de la urna entre los brazos, son, á no dudarlo, símbolos desconocidos por nosotros hasta ahora y que también se repiten en muchas otras urnas.

Otra serpiente rayo mal dibujada ocupa el claro de la parte inferior de la urna.

El avestruz es el segundo símbolo animal que se halla representado más comunmente en la alfarería funeraria.

De los cementerios de Quilmes extrajimos unas siete urnas con esta ave pintada. En algunas se hallaban sólo dos por cada cara, ocupando el espacio del

(*) Véase mi trabajo sobre el Símbolo de la Serpiente en la Alfarería Funeraria de la Región Calchaquí en el Boletín del Instituto Geográfico, tomo XVII cuadernos 5 y 6.

cuerpo que queda entre los brazos (fig. 31). En otras, y más comunmente, se muestra con una serpiente (fig *b)* en el pico como en las figuras 32 y 33.



Fig. *b*

La urna figura 32 es muy interesante: sobre el gollete presenta dos dibujos distintos; en una de sus caras se ven paralelógramos negros unidos por su eje menor, dispuestos en una línea vertical y divididos entre sí por triángulos llenos de puntos, mientras que la otra cara se halla cubierta por un dibujo más complicado, exactamente igual al de la figura 29, es decir, un damero de dos séries verticales de cuadrados negros ó con dibujos dentro de ellos, alternados por otros densamente punteados.



Fig, 32

Los dibujos de los cuadros negros que no conservan más que la orla de ese color, representan soles, esto es: círculos erizados de puntas externamente y con un punto central, y pequeños avestruces ó simplemente sus cabezas con parte del cuello, alternándose estas dos figuras. Es de notar que este dibujo se repite en muchas urnas.

La fig. 32 tiene además otras imágenes de sapos y víboras retorcidas en S y con cabezas de avestruz dibujadas como una orla en la parte superior é interna del borde.

El sapo, se presenta pintado en las urnas raras veces; una de las que estrajimos lo muestra de gran tamaño, á cada lado sobre la urna, en el lugar que ocupan en las anteriores los avestruces; esos sapos tenían dibujado dentro de sus cuerpos otro mas pequeño.

En esta misma urna hallábanse los otros dos símbolos reunidos. Desgraciadamente no me han llegado aún los cajones donde acomodamos esta y otras piezas, lo que me priva de poder presentar su dibujo. Como una muestra de estas singulares asociaciones de los tres símbolos, doy la adjunta (fig. 33) encontrada en Tafí, región cercana á Quilmes, donde también se hallan urnas muy parecidas á éstas por no decir iguales, como las de la fig. 28, etc.



Fig. 33

En esta puede verse la imagen del sapo en la parte inferior de la mitad izquierda cerca de la línea divisoria entre el gollete y el cuerpo de la urna.

Urnas tipo de Amaicha (fig. 34, 35 y 36).—Pintadas, cuerpo alto,

grueso, coronado por un gollete corto, cilíndrico, que poco se ensancha á medida que llega al borde, el que se dirije hácia afuera.

El gollete es siempre más corto que el cuerpo de la urna y las pinturas representan dibujos geométricos, formando uno solo y contínuo que ocupa toda la snperficie del cuerpo de la tinaja; por rara excepción en este tipo se hallan simbolismos animales.

En todas estas urnas de tipo Amaicha, nunca falta la figura humana en el gollete, unas veces apenas indicada por los ojos de relieve con su trazo de cejas y algunas líneas en su parte inferior (fig. 34) y nariz corta, ó ya con nariz, ojos y boca perfectamente señalados, como en la fig. 35.



Fig. 34

Entre estos dos ejemplos hállanse todas las diversas gradaciones imaginables.

Los dibujos que cubren estas urnas son dentro de las figuras geométricas de rectas, de una variedad en la combinación asombrosa, demostrándonos con esto que si bien los artistas indios se copiaban entre sí, poseían además un caudal propio de fantasía inagotable.

Muchas urnas traen dibujos iguales y esto nos ha hecho suponer á los que nos ocupamos de estas cosas, que ellos representen símbolos especiales que no hemos podido descifrar aún, pero que su persistencia y repetición al infinito parecen demostrarlo.

Más aún, al estudiar como he tenido ocasión de hacerlo, los centenares de urnas funerarias de la región Calchaquí que han pasado por mis manos, me he convencido que no todos los indios las fabricaban y pintaban, sino que debió haber algunos profesionales que se encargaban de esto, y no es difícil que fueran los sacerdotes ó las viejas *máchis* los que trazaran los dibujos que hoy, con sus complicados meandros, nos dan al estudiarlos tantos dolores de cabeza.



Fig. 35

La distribución constante de los dibujos sobre estas urnas es la siguiente:

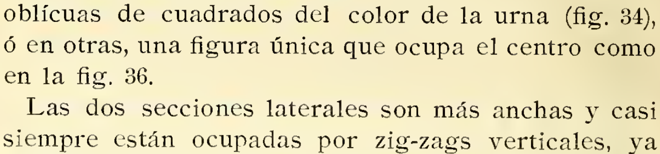
El gollete los presenta casi siempre iguales, en sus dos mitades verticales que ocupan la parte correspondiente á las mejillas de la cara allí dibujadas (fig. 34 35 y 36,); estos tres dibujos los he visto muchas veces repetidos sobre todo el de la fig. 35.

Todos los dibujos de cada cara del cuerpo, siempre están divididos en tres secciones verticales, á la inversa de las urnas del tipo santa-

mariano. Una central angosta con un dibujo que se repite en toda su estensión, una guarda griega por ejemplo (fig. 35), ó una serie de escaleras negras y dispuestas de modo que dejen entre sí series



Fig. 36



oblícuas de cuadrados del color de la urna (fig. 34), ó en otras, una figura única que ocupa el centro como en la fig. 36.

Las dos secciones laterales son más anchas y casi siempre están ocupadas por zig-zags verticales, ya negros, ya rojos. A estos zig zags., los indios se han ingeniado para darles formas variadas, pero una de las más repetidas es la de la fig. 35.

Cuando publiqué mi «Símbolo de la serpiente», afirmé por deducción lógica que rara vez debía éste faltar en las urnas, como que representaba el elemento protector de los huesos encerrados en ellas, puesto allí con la misma mente que los cristianos colocan la cruz sobre las tumbas ó sobre los cajones fúnebres.

Estudiando las urnas de este tipo de Amaicha, falto de simbolismo animal, confieso que al principio me desconcertó en mis ideas al respecto; pero esos zig zags. verticales me hicieron suponer que quisieran representar la imajen del rayo, que como ya hemos visto, tiene una íntima conexión con la de la serpiente.

Pasó el tiempo y pasaron por mis manos cientos de estas urnas de procedencia de Amaicha y Santa María, sin poder sacar nada en limpio.

Felizmente, en este último viaje, revisando la colección de mi buen amigo señor Lafone Quevedo en su casa de Pilciao, tuve la satisfacción de resolver el problema con tres preciosos ejemplares de la misma procedencia que presentaban un dibujo igual y muy parecido al de la fig. 35, cuyos zigs zags remataban en la parte superior en cabezas de serpientes.

Así pues, me es muy satisfactorio poder anunciar que esta cuestión ya no presenta dudas, y que la serpiente, á pesar de todo, casi nunca falta del simbolismo de las urnas, ya sea en una forma ó en otra.

Esto nos abre el camino para poder estudiar la evolución, en la representación de los símbolos, que en este caso parece haber obedecido á la evolución del gusto y á cierta moda que debió prevalecer en una época determinada.

Urnas con adornos en relieve.—Urnas parecidas á las del tipo anterior, un poco más ánchas, con un gollete corto, y pintadas; presentando la particularidad de tener, en el arranque del gollete, figuras en relieve, una de cada lado.

La única que estragimos del primer cementerio (*), tiene á la derecha un animal fantástico, seguramente un tigre, en actitud de acecho, y del otro lado una cabeza humana con una mano en la boca.
Ambas figuras son de pequeño tamaño.

Urna de un solo diámetro.—Urna de cuarenta centímeros más ó menos, representada por un solo ejemplar en el primer cementerio.

Su borde es un poco más ancho y algo volcado hácia afuera, y en su tercio inferior tiene dos asas como las demás.

Exteriormente presentaba algunas pinturas, y contenía también los restos de una pequeña criatura.

La posición de esta urna era distinta de la de las otras: se hallaba acostada sobre y entre dos urnas del tipo de Amaicha.

Urnas piriformes (fig. 37).—Son éstas de gran tamaño, un metro de altura, en forma de trompo, provistas de un gollete cuyos bordes habían desaparecido y que he tratado de restaurar en el dibujo adjunto.



Fig. 37

Sobre cada una de las caras y en la parte superior corren de relieve, dos arcos que se unen en el centro, como formando las grandes cejas arqueadas que se hallan en todas las urnas; y bajo de ellos pintadas algunas figuras bastante curiosas, por cierto, pues representan á la serpiente, de cuya cabeza salen apéndices ondulados y con un cuerpo formado por una combinación de elementos de guarda griega y escaleras negras.

Estas serpientes, bajo las grandes cejas y ocupando el lugar correspondiente á los ojos de la figura humana que debía representar esta urna, viene á corroborar una vez más la opinión que expuse en mi trabajo ante dicho á propósito de esta sustitución (**).

Lo que nos llamó la atención en esta urna, única que se extrajo del primer cementerio, fué una singular compostura, llevada á cabo sin duda en el momento de ser enterrada.

Todo el casquete superior se halló desprendido del resto del cuerpo y debió estarlo lo mismo ó en parte cuando la colocaron en el

(*) Como aún no han llegado las colecciones no puedo dar el dibujo de esta pieza y de la siguiente que presentaré en algún otro trabajo.

(**) Véase mi *Símbolo de la Serpiente*, pág. 11 del tirage aparte ó 226 del «Boletin del Instituto Geográfico Argentino» Tomo XVII.

cementerio, á juzgar por los dos agujeros pequeños que presenta en su parte anterior, colocados ambos uno á cada lado de la rotura, de manera que se correspondan.

El objeto de estos agujeros, (véase la figura adjunta), no pudo ser otro que el de colocarles un tiento ó hilo para asegurar las dos partes desprendidas; exactamente como hacen hoy los componedores de porcelana, que después de perforar las piezas, las sujetan con pedacitos de plomo.

En el momento de extraer esta urna no me hallaba presente, pero mis compañeros me aseguraron que dentro de ella habían tres pequeños cráneos de niños.

No tardé en llegar, pero ya los cráneos se habían hecho polvo como acontece siempre con estos huesos tan frágiles.

Urnas de apéndices cóncavos.—De gran tamaño, un metro á uno veinte, de cuerpo algo piriforme, muy ancho en el medio, con un gollete corto y poco inclinado hácia afuera (fig. 38).



Fig. 38

Este tipo de urnas tiene la particularidad de poseer, además de las asas de la misma forma que las otras, dos especies de cálices cónicos con la boca dirigida hácia arriba y colocados á ambos lados, debajo del borde y sobre el cuerpo de la tinaja.

Esta urna, única también en el primer cementerio, contenía en su interior, otra del tipo Santa Mariano, sin gollete, igual á la de la fig. 28, y dentro de esta hallamos los vestigios del cadáver de un párvulo.

Extraida esta urna incompleta, encontramos debajo de ella y colocado hácia un lado (siempre dentro de la gran urna), un puco negro de pasta ordinaria, con su superficie externa cruzada por rayas irregularmente dispuestas, y de un diámetro de cuarenta centímetros; dentro de éste otro, pequeño puco de seis centímetros de diámetro, bien cocido, de color pardo con una orla en zig zag grabada en su borde.

Las urnas con apéndices cóncacos hállanse frecuentemente en Santa María y San José (mismo valle de Yocavil) donde he tenido ocasión de ver varios ejemplares.

Urnas Quilmeñas.—Las de este tipo son de barro negro y paredes finas con su interior rayado de un modo irregular; sin gollete, boca grande, circular y desprovista de bordes salientes.

Mas comunmente son piriformes (fig. 40,) pero hállanse ejemplares casi ovoides como el de la figura 39.

Fig. 39



Fig. 40

Las pinturas faltan en ellas y por todo adorno presentan á veces una sencilla línea quebrada, grabada al rededor de la boca.

Faltan las asas y muestran en su lugar, cerca de la boca, unas escrecencias en forma de herradura, cuyo objeto sólo ha sido el de adorno.

En las urnas piriformes, la base es circular, algo cóncava, y de muy pequeño diámetro, lo suficiente para que les permita mantenerse verticales, en un equilibrio que tiene mucho de inestable.

Todas las extraidas: tres en el primer cementerio y una (fig. 39) en el segundo, contenían restos de niños y se hallaban tapadas por grandes pucos negros, rayados, sin pinturas, y provistos del mismo adorno en forma de herradura antedicho, iguales al encontrado dentro de la urna (fig. 38), á que ya hice referencia. A dos ejemplares en vez de un puco entero, los cubrían grandes fragmentos de otras urnas iguales.

Doy este nombre de Quilmeño á estas urnas, porque me parece que sean las más características de esta región.

Además creo tengan algo que hacer también con las que se encuentran en la meseta de la Pampa Grande, estancia del Dr. Indalecio Gómez, de donde estrajimos algunas muy parecidas en nuestra primera expedición á la región calchaquí.

Urnas incompletas.—Los viejos Quilmes no han dejado de aprovechar, siempre que han podido, las urnas incompletas.

Hallamos algunas con los bordes y parte del gollete roto, sin haber podido encontrar á su alrededor los fragmentos correspondientes.

Observamos que una urna del tipo de Amaicha (fig. 41), muy bien pintada, por faltarle el fondo había sido colocada sobre otro de una urna ordinaria y negra.



Fig. 41

Esto nos hizo suponer que hallándose ya terminada la urna como para enterrarla, se rompió su base fragmentariamente y para aprovecharla se echó mano de este procedimiento, colocándola sobre otra base que aunque no igual, por lo menos la reemplazaba.

Tapas de urnas.—Todas las urnas han sido tapadas con pucos, piedras chatas, fondos de otras urnas ú ollas, fragmentos de urnas, etc.

Los pucos se presentan de formas diversas, algunos son casi hemiesferoidales como el de la fig. 42; otros con un pequeño estrecha-

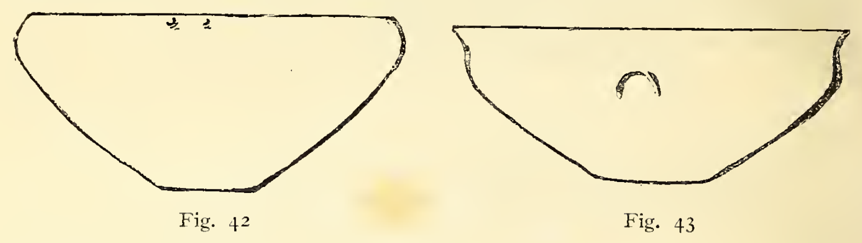


Fig. 42   Fig. 43

miento cerca del borde y con el adorno de herradura fig. 43, ó sin base alguna y completamente redondos fig. 44; todos colocados sobre las bocas de las urnas, boca abajo y dentro de ellas.

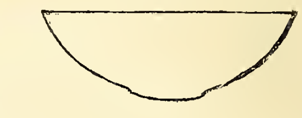


Fig. 44

Los hay pintados de rojo y negro, ó simplemente de negro con guardas griegas ú otros adornos.

En el interior de las urnas Santamarianas hallamos pequeños pucos de barro negro ó pardo y algunos otros pintados.

En una, sólo encontramos medio puco pintado y en otra un pequeño yuro, de barro ordinario.

Con todos estos datos me explico ahora, como responde á un fenómeno de herencia, la costumbre que aún tienen las gentes del valle Calchaquí de ir acumulando detrás de los ranchos, todos los cántaros y ollas rotas é inservibles en vez de tirarlos.

Eso mismo debieron hacer los viejos Quilmes para echar mano de ellos, á medida que los necesitasen, como en este caso.

La exploración de estos dos cementerios de Quilmes, nos ha demostrado que todos los tipos de urnas que acabo de describir, no han sido, uno por uno, esclusivos de cada región ni de cada época. Todos parecen haberse usado contemporáneamente y quizás al mismo tiempo.

Los nombres de tipos Santamariano, de Amaicha y de Quilmes aplicados á las urnas, no deben tomarse en el sentido estricto, sino porque se hallan en mayor abundancia en esas distintas regiones. Por lo demás los diversos tipos descritos son comunes á todas ellas.

Esto vendría á demostrarnos que las costumbres de los habitantes del valle de Yocavil ó Yocahuil, actualmente de Santa María, desde la punta de Hualasto hasta Cafayate, en cierta época fueron iguales; por lo pronto, los descubrimientos de objetos hechos hasta ahora, lo dicen bien claro.

Hecha esta afirmación, nos faltaría, para incluir á los Quilmes, el

demostrar que los cementerios descubiertos pertenezcan á ellos, ó á una época anterior.

De Quilmes á los cementerios no hay arriba de diez kilómetros, y se hallan como ya dije en el plan del valle y dentro de un antiguo algarrobal.

La población más cercana de indios que pudo haber fué Quilmes, y no es difícil que esos grupos de niños enterrados en urnas (*) y á la sombra de los *Tacus* (**) sagrados, tengan mucho que hacer con los sangrientos sacrificios humanos, ofrecidos al terrible *Chiqui*, para im-

---

(*) Al escribir estas líneas tropiezo con un artículo publicado en LA NATURE de París de fecha 13 de Marzo del corriente año: *Les populations primitives de la République Argentine* (pág. 231) firmado por el señor *F. Landrin*.

En este artículo, escrito apropósito de la Colecciòu Zavaleta expuesta en el Trocadero, dicho señor nos da á conocer una opinión del doctor Hamy sobre el contenido de estas urnas; como es bastante curiosa transcribo los párrafos que á ello se refieren:

....

«Ce qui frappait surtout le visiteur, c'est la très complète série des urnes funéraires (fig 1) qui out toutes de 50 á 60 centimètres de haut. Il en existait, paraît-il, d'autres de dimensions bien plus considérables, dans les sépultures fouillées par Mr. Zavaletta, mais dont les proportions et la fragilité en ont rendu le transport impossible.

Ces dernières contenaient, suivant l'usage commun aux races guarany, avec certains ustensiles ou instruments, des ossements qu'il a malheureusement été impossible de conserver, mais qui très probablement étaient des squelettes d'adultes; dans celles que nous avons sous les yeux au Trocadéro, on aurait, dit-on trouvé des restes d'enfants. Une croyance très répandue en Amérique et acceptée généralement, semble-t-il, par les ethnographes de ce pays, est que ces petites urnes étaient en effet destinées à recevoir le corps de jeunes victimes offertes en holocauste à des dieux sanguinaires. D'aprés l'examen de ces urnes, le Dr. Hamy estime que ce devaient être plutôt des vases dédicatoires déposés pleins de chicha auprès des momies, comme ou le faisait en Bolivie.

....

Después de leer esto, uno queda convencido cada vez más de que la arqueología de cualquier país es necesario estudiarla en el mismo territorio donde se hallan los objetos, haciendo excavaciones y explorando personalmente los yacimientos.

Si el doctor Hamy hubiera dado unas cuantas paladas en la región calchaquí, no se habría cansado de encontrar huesos de niños dentro de las urnas; esto demuestra como las colecciones recojidas sin método científico no pueden servir sino para excitar la fantasía y formular hipótesis sobre hechos reales é indiscutibles.

Que nosotros al encontrar cuerpos de niños dentro de las urnas mencionemos la existencia de antiguos sacrificios humanos, uada tiene de particular, dados los mil detalles de medio ambieute, restos atávicos que aún quedau en las actuales poblaciones que muy remotamente pueden hacerlos sospechar, é infinidad de otros datos, podremos equivocarnos quizá, siu que esto nos prive de sospecharlo. Pero sustituir el cuerpo del niño cuyos huesos encontramos por una ofrenda de chicha, es demasiado.

(**) *Tacu*—algarrobo.

plorar la lluvia, en medio de espantosas bacanales enardecidas por las libaciones de la *aloja.* (*)

Dentro del recinto de Quilmes las grandes reuniones eran imposibles, la multitud de pircas y de piedras lo impedían.

Los algarrobos cercanos á la ciudad, no presentan el desarrollo de aquellos donde se hallan los cementerios, y por consiguiente, las cosechas de las suculentas vainas amarillas en estos últimos, se presentaban más abundantes; así que no es difícil que hallándose tan cerca, esos cementerios pertenezcan á los Quilmes que bien pudieron adoptar las costumbres sangrientas de sus vecinos con quienes, según el testimonio de Lozano, estaban vinculados hasta por la sangre.

Los Petroglyfos

En la región de los Quilmes hállanse varios petroglyfos grabados en las piedras, dos de ellos á la entrada de las quebradas de las Cañas y de las Chilcas y los otros sobre un pequeño morrito aislado, entre Quilmes y el Bañado, y distante unas tres cuadras del pie del cerro.

Además hállase también una piedra pintada, verdadera pictografía dentro de una quebrada llamada del Chuzudo, situada al lado de la de las Cañas, cuyo dibujo publico bajo el número 53 y cuya descripción daré en otra oportunidad.

Empezaremos su descripción por orden:

Petroglyfo de las Cañas (fig. 45). — Casi á la entrada de la Quebrada de las Cañas y sobre una gran peña mirando al este y á un par de metros del suelo, hállanse grabados á cincel ó piedra pero poco profundamente, algunas figuras de las cuales sólo se reconocen una cara humana sin boca, y un poco á la izquierda la silueta de una mujer con los brazos levantados hácia arriba en actitud de adoración.

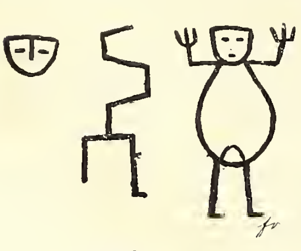


Fig. 45

Esta figura tiene la particularidad de mostrar el órgano femenino representado por un triángulo con el vértice hácia arriba y el cuerpo globuloso como si estuviese embarazada.

(*) *Aloja*—bebida fermentada y embriagadora hecha con la algarroba.

Debajo de ella parece hubiesen querido representar otra figura humana por medio de un zig zag sobre dos piernas.

Como la piedra ha sufrido descomposiciones en su superficie no pudimos conseguir más figuras que las anteriores.

Petroglyfo de las Chilcas: Como á legua y media al nord oeste de la finca del Bañado, hállase la Quebrada de las Chilcas y en la misma entrada, sobre unas grandes peñas escarpadas situadas á la izquierda, aparecen los curiosos petroglyfos (fig. 46) que nos ocupan, mirando también al nord oeste.

La primera noticia que se ha tenido sobre su existencia, fué la dada por los señores Liberani y Hernández, en su album fotográfico de la exploración de Loma Rica, lámina 19, número 6, dibujo que el señor Ameghino reprodujo en su obra «La Antigüedad del Hombre en el Plata» Tomo I. Pl. XII. fig. 361.

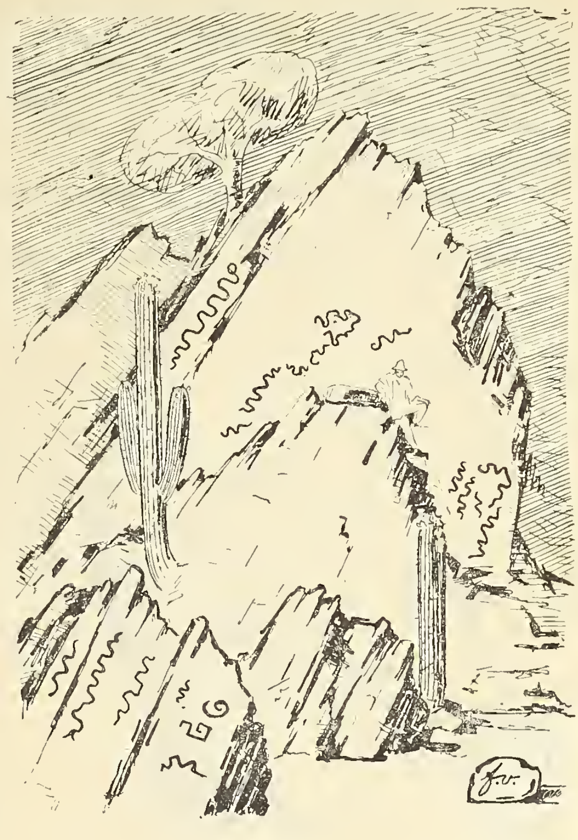


Fig. 46

La lámina de los señores Liberani y Hernández presenta varias incorrecciones que se podrán observar comparándola con el adjunto dibujo que es cópia exacta de lo que allí existe.

El símbolo que prima en estos petroglyfos es la serpiente que se repite varias veces, notándose una que ofrece la particularidad de terminar en un círculo que representa la cabeza y otra cuyas vueltas tan dos caras humanas unidas con sus correspondientes ojos.

Este último dibujo se halla bastante deteriorado y es posible que cuando los señores antedichos visitaron este petroglyfo, la figura se hallase más completa y presentase la forma en que la dibujaron.

El paredón de rocas en que están estas figuras grabadas, es muy alto y sus dimensiones pueden apreciarse comparándolo con la figura humana que el Sr. Voltmer dibujó en la lámina.

Los grabados son poco profundos, casi superficiales y parecen haber sido picados con otra piedra.

Dado el simbolismo ya conocido de la serpiente, nos es fácil suponer que estas rocas estaban consagradas al rayo.

Debajo de estos dibujos y al lado de donde está representado el hombre, en una piedra chata, se hallan agujereados diez pequeños morteros poco profundos.

Dada su colocación es de creer que hayan tenido algo que ver con ciertas ceremonías rituales correspondientes al culto de la serpiente.

Petroglyfos de Quilmes: (figs. 47, 48, 49, 50). El Dr. Herman Ten-

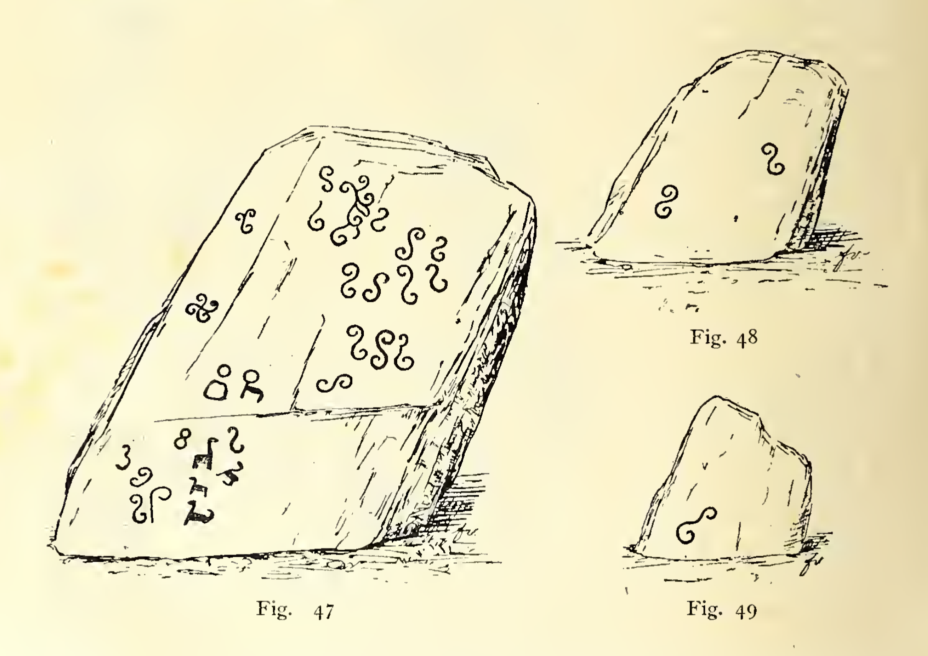


Fig. 48

Fig. 47

Fig. 49

Kate, en su trabajo ya citado, nos dió la primer noticia sobre estos petroglyfos, muy incompleta por cierto, pero disculpable por lo rápido de su viaje, el cual consideró siempre como provisorio pues se propuso volver para emprender los estudios con mayor tranquilidad.

El dato del Dr. Ten-Kate es el siguiente, pág. 336:

«Je ne veux relever ici que deux choses relatives à mon séjour à Quilmes. Premièrement l'existence de quelques pétroglyphes sur les roches schisteuses d'une petite colline isolée entre Quilmes et Bañado. On n'y y trouve que les deux formes de figures que voici:»

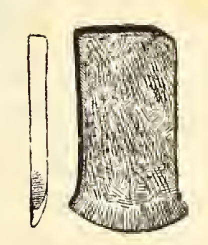

Fig. 50

«La longueur de ces figures est de 9 á 10 centimètres, la largeur près de 2 cm. Ces figures sont gravées dans la pierre à une profondeur de plusieurs millimètres. Sous ce rapport elles se distinguent de celles qu'on trouve à Andalguala, qui sont beaucoup moins profondes et qui ressemblent à celles des *picturet rocks* du rio Gila en Arizona.»

No puedo explicarme cómo el Dr. Ten-Kate, visitando el morrito de Quilmes, no vió bien los petroglyfos de las cuatro rocas cuyos dibujos doy ahora, y pudo afirmar tan categóricamente que no existen allí sino las dos formas: la de la fig. 48 y la de la derecha en la parte inferior de la fig. 47 que parece un gancho, cuando tenemos en la fig. 47 formas como esa tan complicada en la parte superior que tiene algo de flor; la de la derecha al medio que tiene algo de cruz swastica y además los cinco huanacos tan característicos, uno de ellos con la cola parada y otro cuya cabeza ha sido sustituida por un círculo y también los círculos que se hallan á la derecha de este último.

En la roca fig. 49 el petroglyfo es también distinto; se asemeja á una E. y no á una S., y finalmente el de la roca fig. 50 es un símbolo demasiado curioso para que pueda haber pasado desapercibido. Con estas pocas líneas se ve que el artista indio ha querido representar una silueta de un animal que marcha con la cola parada y hago esta afirmación por que este símbolo se repite en otros petroglyfos en una forma parecida como en el del Ingenio de Ampajango, en el de las Flechas y en el de Jacimaná, que en breve trataré de publicar.


Fig. 51


Fig. 52

Como ya se habrá visto por la descripción del Dr. Ten-Kate, estos petroglyfos salen de lo común y se presentan grabados profundamente en la piedra.

Los demás y casi todos los de la región Calchaquí son muy superficiales, lo que me ha hecho suponer que la mayor parte han sido ...bados por medio de otras piedras; en una palabra picados.

Los de Quilmes en vez creo que han sido esculpidos por medio de cinceles de cobre, fig. 57 y 52, de los que hoy se hallan todavía entre esas ruinas junto á varios otros objetos de cobre y aún de plata; como ser discos, topos ó alfileres con ó sin dibujos.

La forma en que ha sido cortada la piedra para grabar estos petroglyfos no admite otro utensilio sinó estos cinceles.

—

Hasta aquí el resultado de nuestra exploración en Quilmes; exploración que deberá repetirse, pues es una región arqueológica vírgen todavía. Hemos dado con los cementerios de niños, pero la fortuna ha sido adversa para con nosotros en lo que se refiere á las tumbas de los adultos. Otros más felices podrán hallar la gran necrópolis y á ellos está reservada la solución de muchos problemas sobre la vida y costumbre de los viejos Quilmes.

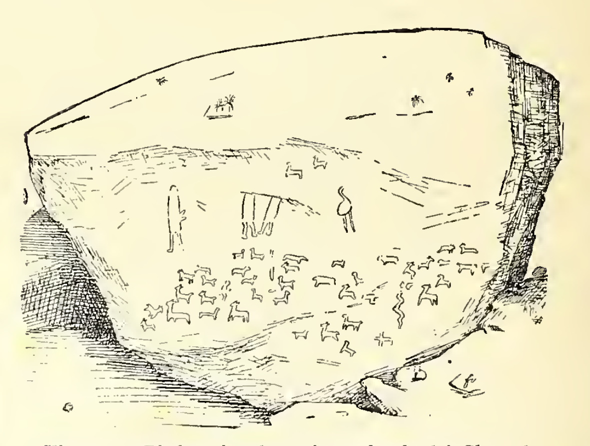


Fig. 53.—Piedra pintada en la quebrada del Chuzudo.